

La madriguera. Revista de cine

(Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
Todos los billetes son falsos

Autor/es:
Escudero, Isabel

Citar como:
Escudero, I. (2000). Todos los billetes son falsos. La madriguera. (28):64-64.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41872>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Todos los billetes son falsos

■ Isabel Escudero

L'Argent

El dinero

Robert Bresson

Francia 1983

No es de extrañar que *Bresson* dirigiera su última mirada cinematográfica (1983) a la suprema abstracción del Dinero, el actual sustituto del Dios de las viejas religiones que mueve los hilos de la vida y el destino de los hombres. Así, Dios, que en la antigua teología era el "ens realissimum", el más real y existente de los seres, también tenía que ser, a su vez, Idea superior, idea de las ideas. Del mismo modo ha tomado el Dinero esa condición divina, condición que ha ido progresando a medida que se ha ido perfeccionado su proceso de idealización e invisibilidad. Hoy día, el Dinero, el gran Dinero, el de los muchos ceros, ese no lo ve ni lo palpa nadie; es objeto de fe teológica movida por las operaciones electrónicas y virtuales. Su única condición de existencia es el movimiento generado por una Fe

universal, una creencia. No hay cosa pues más ideal, más sublime, más anímica, que el dinero. Se equivocan los que llaman materialistas a los que gustan o manejan abusivamente el dinero. Es la idea ideal movida por furibundos idealistas. *Bresson* es precisamente uno de los pocos cineastas, y se podría decir que uno de los pocos pensadores, que se ha dado cuenta de la idealidad de la Realidad y la espiritualidad de eso que llamamos la materia.

Ya en *Pickpocket* se ocupó *Bresson* del dinero, aunque todavía entonces (1959) el dinero se presentaba allí como algo imperfecto, como objeto de un juego de astucia en que el jugador ponía en juego –valga la redundancia– algunas de sus destrezas peculiares, su carácter, sus pensamientos...;

Michel, el carterista, juega a robar sorteando los obstáculos que le ofrece la realidad, como por arte de magia, con sus manos, como un prestidigitador; juega a robar como juega con su propio pensamiento a dejarse pensar/llevar y a contradecirlo a la vez. Hay unas reglas del juego que, como las del propio len-

guaje, la otra gran abstracción, juegan a hacer y deshacer el mundo y las ideas que fabrican la realidad. Hay en *Pickpocket* –como lo había en *Crimen y Castigo*– todavía un margen para el deseo, para el placer, para la razón, para la culpa. Pero en el imparable progreso de configuración de la Idea, bajo su actual cara sublimada, el poder seco y vano del Dinero es tal que ya no da lugar ni a esa tensión entre destino y carácter, a ese juego, a la par azaroso y reglado, entre el libre manejo de la cosa y la arrebatada pasión del alma. La estupidez del mal y la cerrazón de la idea van la una con la otra. Los personajes de *L'Argent* se mueven con una mecánica más seca, más desamparada. Lo que empieza como un juego de niños ya no es ni siquiera un juego, es algo que ya está marcado por la torpeza y la obligación de cualquier petición de dinero de unos muchachos a la Autoridad paterna que lo tiene. Después toda una mecánica implacable para hacer circular la falsedad de unos billetes, la falsedad de unas almas. *Bresson* nos viene a decir que todos los billetes son falsos, más falsos cuanto más reales, y que su única posibilidad es la circulación de su falsedad en mutua complicidad billetes y almas. ("Es propio del Alma mía, ser valor y mercancía"). Las puntuales barbaries que vayan surgiendo a partir de esa fundacional estupidez no son más que las caras llamativas o dramáticas de esa primordial idiotez tanto personal como del propio Régimen. La trágica aparición del crimen y la intervención de la Justicia no son otra cosa que epifenómenos espectaculares de ese fundamental sinsentido.

